

THE HORUS HERESY®

LEGADOS DE TRAICIÓN

Que arda la galaxia

timunmas



THE HORUS HERESY®

LEGADOS
DE TRAICIÓN

timun**mas**

Título original: *Legacies of Betrayal*
Traducción: Gemma Gallart

Ilustración de cubierta: Neil Roberts

Primera edición: octubre de 2017

Legacies of Betrayal, *Legados de traición*, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

«Brotherhood of the Storm» se publicó por primera vez en 2012

«Serpent» se publicó por primera vez en 2013

«The Divine Word» se publicó por primera vez en 2012

«Heart of the Conqueror» se publicó por primera vez en 2014

«Veritas Ferrum», «Strike and Fade», «Butcher's Nails» y «Warmaster» se publicaron por primera vez como audiolibros en 2012

«Riven» y «Kryptos» se publicaron por primera vez como libros electrónicos en 2012

«Honour to the Dead», «The Eightfold Path», «Guardian of Order», «Censure» y «Lucius, the

Eternal Blade» se publicaron por primera vez como audiolibros en 2013

«Lone Wolf» se publicó por primera vez como libro electrónico en 2013

«Hunter's Moon», «Wolf's Claw» y «Thief of Revelations» se publicaron por primera vez como audiolibros en 2014

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2015 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2015

© de la traducción Games Workshop Limited. 2017. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.timunmas.com

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0484-5

Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters

Depósito legal: B 14967-2017

Impreso en España por Romanyà Valls, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO

Shiban

Recuerdo mucho de lo que dijo incluso ahora, pero todos aprendimos más de prisa del ejemplo que de las palabras. Estábamos hechos así: observábamos y actuábamos.

Nos encantaba la velocidad a la que viajábamos. Puede que fuéramos demasiado lejos, demasiado de prisa, aunque no me arrepiento de nada. Éramos fieles a nuestra naturaleza, y en la prueba final eso fue lo que nos salvó.

Sí que recuerdo muchas cosas sobre él de aquellos tiempos, aquella época en que nuestros instintos eran más inocentes. Algunos ejemplos y lecciones excelentes todavía me acompañan, y ello me hace mejor.

De todas las cosas que dijo, o se supone que dijo, únicamente una me causó un gran impacto. Dijo: «Reíd cuando matéis».

Si hubiéramos necesitado un epigrama, si alguien hubiera preguntado alguna vez qué nos hacía como éramos, le habría contado eso.

Nadie preguntó jamás. Para cuando le importamos lo suficiente a alguien como para ir en nuestra busca, todo había cambiado ya. De repente nos necesitaban, pero no había tiempo para pensar en el motivo.

Seguí su recomendación: cuando mataba, reía. Dejé que el viento gélido alborotara mis cabellos y sentí el contacto de la sangre caliente contra la piel. Recorrí largas distancias, lleno de energía, retando a mis hermanos a seguir mi ritmo. Yo era como el *berkut*, el águila cazadora, libre de las pihuelas, que surca las corrientes ascendentes en lo más alto del horizonte.

Así éramos por entonces; todos nosotros. *Minghan Kasurga*: la Hermandad de la Tormenta.

Era el nombre que nos definía, el que usábamos para diferenciarnos.

En privado, nos llamaban «los asesinos risueños».

El resto de la galaxia todavía no nos conocía.

Me gustó Chondax. El planeta que había dado su nombre a todo el conjunto estelar le iba bien a nuestro modo de combatir, no como Phemus, con su costra de magma, o Epihelikon, que estaba invadido por la jungla. Chondax tenía cielos altísimos y enormes, carentes de toda nube, de un verde pálido como la hierba *rejke*. Lo surcábamos a máxima velocidad en oleadas, ascendiendo desde los puntos de desembarco meridionales para correr hasta la zona ecuatorial. A diferencia de cualquier mundo que yo conociera en ese momento o haya conocido desde entonces, jamás cambiaba: no era más que un páramo de tierra blanca en todas direcciones, que relucía bajo la luz suave de tres soles lejanos. Podías hundir la mano en aquella tierra y esta se quebraba, cristalina como la sal.

No crecía nada en Chondax, de modo que bajábamos los suministros desde la órbita en cargueros de desembarco. Cuando marchaban, cuando nosotros nos íbamos otra vez, la tierra se cerraba sobre las marcas de quemaduras y volvía a dejar una superficie lisa y blanca.

La tierra se curaba a sí misma. Nuestra presencia allí tenía un impacto muy leve: cazábamos, matábamos, y luego no quedaba nada de todo ello. Ni siquiera las presas —los pielesverdes, a los que nosotros llamamos «los hain», otros los llaman «los orkos», o «los kines», o «los krork»— conseguían dejar una huella. No teníamos ni idea de cómo se aprovisionaba el enemigo. Meses antes habíamos destruido lo que quedaba de sus toscas naves espaciales, dejándolos sin recursos en la superficie. Cada vez que los desalojábamos de sus guaridas miserables, cuando los incendiábamos, dejando el terreno cristalizado, el polvo blanco regresaba. En una ocasión conduje un escuadrón muy al sur, recorriendo trescientos kilómetros antes de cada puesta de sol principal, de vuelta al lugar donde habíamos combatido contra ellos en una refriega brutal que había durado siete días y había ennegrecido el terreno con sangre y carbón.

No quedaba nada cuando pasamos sobre el emplazamiento, salvo la capa blanca.

Comprobé los localizadores de mi armadura. Jochi no me creía; dijo que nos habíamos equivocado de lugar. Sonreía de un modo forzado,

desilusionado al no hallar nada, esperando que algunos de ellos pudieran haber sobrevivido y se hubieran vuelto a esconder, listos para un nuevo combate.

Yo sabía que estábamos en el lugar correcto, y comprendí entonces que estábamos en un mundo al que no se podía dañar, que se desprendía tranquilamente de nuestras manchas de sangre y nuestra furia y volvía a quedar intacto a nuestro paso.

Esa observación fue lo que hizo que me gustara Chondax. Se lo expliqué a mis hermanos más tarde mientras estábamos sentados bajo las estrellas, calentándonos las manos con brío a la lumbre, como nuestros padres habían hecho en Chogoris. Estuvieron de acuerdo en que Chondax era un buen mundo en el que podía librarse una buena guerra.

Jochi sonrió con indulgencia mientras yo hablaba, y Batu sacudió la cabeza llena de cicatrices, pero no me importó. Mis hermanos sabían que tenían a un poeta como khan, pero los chogorianos no desdeñaban esa clase de cosas como me habían contado que sucedía en otras legiones.

Yesugei me contó en una ocasión que solo los poetas podían ser auténticos guerreros. No supe qué quería decir con eso entonces, pues tal vez se estaba refiriendo a mí en particular o tal vez no; a un *zadyin arga* no se le piden explicaciones.

No obstante, sabía que cuando nos fuéramos, con las almas enardecidas y puras por la matanza, Chondax no nos recordaría. El fuego ante el que nos calentábamos —su combustible traído en transportes como todo lo demás—, que siguiendo la vieja costumbre no apagaríamos con agua ni cubriríamos con tierra cuando amaneciera, no dejaría señal.

Me resultó reconfortante.

Nos dirigimos al norte de nuevo. Siempre en movimiento, siempre buscando. Así era cómo nos gustaba hacerlo; nos habríamos agostado rápidamente de habernos visto obligados a permanecer en el mismo sitio durante mucho tiempo.

Llevé a mi hermandad a recorrer las llanuras; éramos quinientos, immaculados en nuestra armadura color marfil ribeteada en carmesí. Nuestras motos a reacción abrían franjas en la tierra bajo nosotros, revolviéndola y dejando surcos tras ellas. Las conducíamos ostentosamente, sabedores de que nadie podía llegar a dominar su poder atornador como nosotros. Cuando salió el tercer sol, haciendo refulgir

el cielo vacío, nuestros pendones con inscripciones centellearon y nuestras armas relucieron. Salimos a toda velocidad igual que cometas atados a la tierra, desplegados sobre el terreno llano en una punta de flecha plateada, voceando nuestra alegría, nuestra gloria y nuestra determinación.

Al alzarse el tercer sol de Chondax, las sombras se desvanecieron. Todo apareció ante nuestros ojos en forma de afilados bloques de color. Intercambiamos miradas y vimos detalles que nunca antes habíamos visto. Advertimos la lozanía de nuestros rostros curtidos y comprendimos lo viejos que éramos y el largo tiempo que habíamos estado en campaña, y nos maravilló sentirnos más salvajes y llenos de vida que cuando éramos niños.

El séptimo día, cuando los soles estaban en su ápice, avistamos orkos en el horizonte. También iban hacia el norte, viajando en largas columnas de vehículos blindados toscos y abollados que lanzaban grumos de hollín al aire y delataban su posición.

En cuanto los vi, el corazón me dio un vuelco. Los músculos entraron en tensión, los ojos se entornaron y el pulso se aceleró. Noté que mis dedos anhelaban sentir el tacto de mi espadón *guan dao*. Aquella bendita arma —mango de dos metros, una única hoja curva, una obra de un genio del combate cuerpo a cuerpo— no había probado la sangre en muchos días; su espíritu ansiaba volver a saborearla, y yo no tenía intención de decepcionarla.

—¡Presas! —rugí, sintiendo cómo el tenso aire me azotaba el rostro descubierta.

Me levanté del sillín, dejando que la moto oscilara bajo el cuerpo, mientras fijaba la mirada en el resplandor solar del horizonte.

Los pielesverdes no se volvieron para pelear. Siguieron adelante, avanzando laboriosamente en su convoy humeante tan de prisa como podían.

Cuando él nos condujo a Chondax por primera vez, ellos sí que nos habrían combatido; se habrían abalanzado sobre nosotros, en masa y en estampida, rugiendo mientras babeaban por sus bocas melladas.

Pero ya no. Habíamos quebrantado su espíritu. Les habíamos dado caza por todo aquel mundo, sacándolos de sus escondites, haciéndolos retroceder, abatiéndolos. Sabíamos que se congregaban en alguna parte, en un intento de organizar alguna especie de defensa basada en el número de efectivos, pero incluso ellos debían de haber intuido que se acercaba en fin.

No los odiaba. En aquellos tiempos no sabía qué era odiar al enemigo. Sabía lo fuertes, listos y habilidosos que eran, y respetaba eso. En un principio habían matado a muchos de mis hermanos, y habíamos aprendido juntos, los dos; conociendo dónde estaban nuestros puntos débiles, descubriendo cómo combatir en un mundo que no nos daba nada y al que le tenía sin cuidado nuestra presencia y nuestra contienda. Podían viajar de prisa cuando lo deseaban. No tan rápido como nosotros —nada en toda la creación era tan veloz como nosotros—, pero eran taimados, creativos, valientes y feroces.

Tal vez era solo lo que yo sentía, pero tampoco creo que ellos nos odiaran. Odiaban perder, lo cual corroía su ánimo y embotaba sus armas, pero en realidad no nos odiaban a nosotros.

Años antes, en Ullanor, había sido diferente, pues casi nos habían aniquilado. Habían arremetido en una informe marea verde interminable, arrollándolo todo, ebrios de fuerza, desatados en su espléndido modo de pelear.

Finalmente fue Horus quien los hizo retroceder. Horus y él habían peleado allí; yo lo presencié, aunque de lejos. Fue allí donde las cosas habían cambiado por fin, donde le partimos el espinazo a la bestia. Todo lo que quedaba en Chondax eran restos; los últimos vestigios denodados de un imperio que había osado desafiar al nuestro y casi había prevalecido.

De modo que no odiaba a los que quedaban, y a veces imaginaba cómo me sentiría si alguna vez tropezáramos con un adversario al que no pudiéramos vencer, donde no quedara otro remedio que retroceder, una y otra vez, debilitándonos aún más con cada enfrentamiento mientras viéramos cómo la vida se extingue lentamente en los que nos rodean a medida que la saga se tensa.

Esperaba y creía que haría igual que ellos, y seguiría peleando.

No necesité dar órdenes a mis hermanos; habíamos hecho lo mismo muchas veces. Aceleramos al máximo, para colocarnos junto a cada flanco del convoy en una formación dividida.

Era una visión capaz de estimular el flujo sanguíneo y alegrar el corazón: quinientas motos relucientes retumbando en escuadrones en punta de flecha de veinte, motores ensordecedores y conductores gritando exultantes. Nos desplegamos por la arena resplandeciente, magníficos en nuestro uniforme blanco, dorado y rojo, levantando una tormenta de arena arremolinada tras nosotros.

Hasta entonces habíamos mantenido una velocidad de crucero, dejando que nuestras motos nos acercaran al enemigo. Ahora corríamos a toda velocidad, con las largas cabelleras ondeando alrededor de las hombreras, las espadas centelleantes a la luz de los soles.

Nos dirigimos hacia los vehículos enemigos —enormes transportes pesados sobre semiorugas o ruedas disparejas—, que se bamboleaban y estremecían mientras los pielesverdes forzaban al máximo los motores que resuellan. Había brechas en los blindajes por las que ascendían columnas de humo agitado. Vi a orkos encaramados a puestos de artillero, que giraban para apuntarnos con lanzacohetes parcheados y armas láser de cañones ennegrecidos.

Vi que abrían sus bocas provistas de colmillos: nos gritaban algo. Todo lo que oí fue el traqueteo ensordecedor de las motos, las potentes ráfagas del viento, el rugido gutural de los motores xenos.

Nuestras motos tenían bólteres pesados montados en un soporte articulado, pero los mantuvimos en silencio. Ninguno de nosotros disparó; nos acercamos a toda velocidad, virando bruscamente justo antes de quedar a tiro de la artillería enemiga, para observar y urdir cada ataque individual. Buscábamos eslabones débiles, los lugares por los que empezaríamos.

Erdeni calculó mal y fue a parar demasiado cerca. Me volví sobre el sillín y vi cómo lo alcanzaba un cohete justo en el pecho, que había salido de una semioruga pielverde y efectuado un alocado tirabuzón antes de impactar en él. La explosión lo arrancó del asiento. Antes de escabullirme a toda prisa para colocarme fuera de tiro, le vi chocar contra el suelo, para luego rebotar y rodar arrastrado por la pesada armadura.

Entonces tomé nota mentalmente de que, si sobrevivía, Erdeni haría penitencia por ello.

A continuación, nos pusimos manos a la obra.

Nuestras motos saltaron al frente, acercándose raudas mientras zigzagueaban y rodaban a través de un huracán de fuego enemigo. Abrimos fuego con los bólteres pesados en un rugido explosivo y quebrado que ahogó por un instante el retumbar de los motores. Nos abrimos paso al interior del convoy, pasando como una exhalación por delante de semiorugas tambaleantes y dejando una estela de devastación a nuestra espalda.

Yo iba a la cabeza de la flecha, acelerando a fondo mi montura a la vez que aullaba y manifestaba mi salvaje furia combativa, esquivando

proyectiles de energía y cohetes mientras percibía las sacudidas del percutor que lo arrasaba todo ante mí.

Me sumergí en aquella vitalidad. Los soles estaban en el cielo, nosotros luchábamos en un combate fiero y compacto, y el aire transparente discurría veloz sobre nuestras armaduras. Jamás he querido más que eso.

El convoy se fragmentó. Los vehículos más lentos fueron los primeros en ver atravesado su blindaje, y las explosiones los zarandearon violentamente. Máquinas monstruosas recibieron impactos en las unidades tractoras y se estrellaron, de cabeza, contra la tierra. Volcaron remolques, dando vueltas de campana. Fragmentos de chatarra salieron girando por los aires debido a la potencia de explosiones internas. Las motos pasaban como exhalaciones y atravesaban aquella carnicería igual que lanzas.

Acorté distancias con la presa elegida, de pie en el sillín, guiando mi veloz montura con las piernas a la vez que extraía el espadón del correaje de la espalda. Mis diecinueve hermanos del minghan-keshig se acercaron, colocándose al lado, para seguir mi misma trayectoria. Dimos vueltas y corrimos a través de la espesa lluvia de disparos láser y proyectiles sólidos. Jochi estaba allí, al igual que Batu y Jamyang y el resto, todos acurrucados sobre el chasis cabeceante de sus motos con la sangre ardiendo y el éxtasis pintado en los ojos.

Mi presa estaba en el centro del convoy; era un vehículo enorme de ocho ruedas, coronado por una turbulenta espina dorsal de cañones y lanzagranadas rotantes. Habían montado una plataforma en lo alto sobre un conjunto de suspensiones bamboleante, alrededor de la cual colgaban unas placas gruesas de blindaje saqueadas y pintadas con manchones de rojo y verde. Varias decenas de orkos forcejeaban para ocupar un puesto allí arriba: algunos armados, otros manejando el armamento montado sobre los soportes del vehículo. Dos tubos de escape vomitaban gases en la parte trasera mientras toda la estructura daba brincos y se ladeaba, avanzando retumbante junto con el resto del desmoronado convoy.

No eran estúpidos, ni tampoco lentos. Un torrente de chisporroteantes haces de energía salieron disparados hacia nosotros, pasando abrasadores junto a nuestras orejas y revolviendo la tierra a nuestros pies. Recibí un impacto en la hombrera y giré bruscamente a la izquierda; a mi espalda otra moto fue abatida, causando una orgía descontrolada de llamas y escombros desdibujados.

En el último momento salté, impulsado hacia lo alto por mi servoarmadura, y fui a caer justo sobre la plataforma. Atravesé violentamente la barrera y me posé sobre la basculante superficie, blandiendo mi guan dao en un arco sangriento al mismo tiempo que aterrizaba. El disruptor llameó, dejando haces plateados y relucientes en el aire a medida que la hoja asestaba un mandoble tras otro.

Me sentí exultante usando el espadón. Este danzaba en mis puños, dando vueltas y perforando adversarios, arrojando cuerpos de orkos fuera de la plataforma. Me abrí paso a través de ellos, rompiendo huesos y destrozando armaduras. Los orkos retrocedían tambaleantes ante mi persona profiriendo aullidos.

Rugí de placer; los miembros me ardían y tenía los hombros cubiertos por un chorro de sangre que centelleaba bajo el sol. Mis corazones bombeaban a toda marcha, mis puños volaban: estaba pletórico.

Un adversario de gran tamaño se aproximó, con el brazo izquierdo lacerado por la detonación de un bólter. Vino directo contra mí, con la cabeza gacha y las garras extendidas. Llevaba una cuchilla de carnicero; blandí la espada en un movimiento circular.

El guan dao atacó con ferocidad, cercenando el brazo del monstruo a la altura de la muñeca. Luego cambió de dirección, a tal velocidad que el filo de la hoja pareció hendir el aire mismo en una estela de energía chisporroteante y le reventó la cabeza en medio de una nube de sangre y hueso.

El cuerpo aún no había chocado contra el suelo y yo ya volvía a estar en movimiento: asestaba tajos, describía molinetes, saltaba, esquivaba. Mis hermanos se unieron a mí, arrojándose de las motos para saltar a la plataforma. Apenas había sitio para todos nosotros; teníamos que matar con rapidez.

Jochi eliminó a uno de los artilleros, hundiendo la espada en la columna vertebral de la criatura para a continuación arrancar toda la cadena de huesos con un floreo. Batu se metió en un lío al enfrentarse a dos adversarios a la vez y recibió un violento puñetazo en la cara en pago a su equivocación. La barbilla ensangrentada se le alzó violentamente, y él trastabilló hasta el borde de la plataforma. Una serie de proyectiles machacaron su peto pero no consiguieron derribarlo.

No vi cómo finalizaba su pelea, pues para entonces yo iba ya a por el caudillo. Este avanzó pesadamente hacia mí, apartando a empujones a sus propios congéneres en su anhelo por iniciar el combate. Lancé una carcajada al verlo; no a modo de burla, sino de aprobación y júbilo.

La piel del pielverde era oscura y estaba repleta de arrugas de cicatrices grisáceas. Blandía un martillo enorme con la cabeza de hierro con las dos manos, y el arma gruñía, con cuchillas en movimiento.

Me hice a un lado a toda prisa, esquivando los chirriantes dientes por unos centímetros. Luego volví a girar en redondo hacia él, con el guan dao temblando por la furiosa energía que emitía mientras actuaba. Le golpeé dos veces, arrancándole pedazos del grueso blindaje de la armadura, pero no cayó.

Volvió a arremeter, haciendo que la cabeza del martillo describiera un arco demoledor. Me agaché de prisa, aprovechando la inclinación de la plataforma para virar y descender, a la vez que mantenía el equilibrio gracias al impulso del espadón. Éramos como danzantes en una ceremonia mortal, en un zigzag constante, con movimientos rápidos, ajustados, pesados.

Mi adversario volvió a atacar, con el rostro contraído por una rabia furiosa, a la vez que acumulaba toda su fuerza en un estremecedor golpe transversal que silbó en el aire. Si aquel ataque me hubiera alcanzado, yo habría muerto en Chondax, arrojado fuera de la plataforma en movimiento para ir a estrellarme contra el polvo con la espalda partida y la armadura hecha pedazos.

Pero lo había visto venir. La guerra funcionaba así para nosotros: uno amagaba, engatusaba, enfurecía, provocaba el paso en falso que abría una brecha en la defensa. Cuando el martillo se movió, supe adónde iba y exactamente cuánto tiempo tenía para evitarlo.

Salté. El espadón centelleó mientras efectuaba una pirueta lateral, la hoja girando en mis manos y alrededor de mi cuerpo contorsionado. Me elevé por encima de la torpe embestida del orko, dando la vuelta al mango del guan dao de modo que apuntara hacia abajo a la vez que lo sujetaba con ambas manos.

La bestia alzó la mirada como aturdida, justo a tiempo de ver cómo mi hoja iluminada por el sol se hundía en su cráneo. Percibí el chasquido de la carne y el cráneo al ceder, convertidos en espuma sanguinolenta por el descenso en picado del campo de energía.

Volví a caer sobre la cubierta con un repique metálico y liberé el arma de un tirón para luego blandirla a mi alrededor en un movimiento ensangrentado. Los restos destrozados del caudillo se desplomaron ante mí. Permanecí junto a ellos un instante, con el guan dao zumbando en la mano. En torno a mí oía los gritos de batalla de mis hermanos y la agonía de nuestra presa.

El aire estaba cargado de gritos, de rugidos, del rechinar y chasquear de las armas, de crecientes nubes de promethium en llamas, de la combustión de los propulsores de las motos.

Sabía que el final llegaría con rapidez. No quería que terminara. Quería seguir peleando, sentir cómo ardía el poder de mi primarca a través de los músculos.

—¡Por el Gran Khan! —vociferé, volviendo a ponerme en marcha mientras sacudía la sangre de la espada y buscaba más—. ¡Por el Khagan!

Y a mi alrededor, mis hermanos, mis queridos hermanos del minghan, repitieron el grito, sumidos en su inmaculadamente salvaje mundo de furia, júbilo y velocidad.

No seguimos adelante hasta no haberlos matado a todos. Cuando la batalla finalizó por fin, deambulamos por entre los restos con espadas cortas en mano, acabando con cualquier xenos que todavía respirara. Una vez concluido esto, rociamos los vehículos con su propio combustible y les prendimos fuego. Cuando el fuego se extinguió, volvimos a recorrer los escombros con nuestros lanzallamas y armas de plasma, para pulverizar cualquier cosa de un tamaño mayor que el puño de un hombre.

Toda prudencia era poca. Los pielesverdes tenían una gran habilidad para regresar, incluso después de que creyeras que los habías matado tan por completo como imaginabas que era posible.

Hubo ocasiones, en el pasado, en que no fuimos cuidadosos. Ser cuidadoso no formaba parte de nuestro carácter, y pagamos por ello. Intentamos aprender, mejorar, recordar que la guerra no siempre tenía que ver con actividades gloriosas.

Para cuando nos fuimos, dirigiéndonos de nuevo al norte, la tierra que arrastraba el viento empezaba ya a erosionar y cubrir los montículos de metal carbonizado. Nada permanecía, nada perduraba. Era como un sueño. O tal vez éramos nosotros los sueños, deslizándonos por la superficie en blanco de un mundo indiferente.

Dejamos atrás a cuatro hermanos del minghan, incluido Erdeni, que había escapado de hacer penitencia al conseguir que le reventaran el pecho. A ellos no los quemamos. Sangjai, nuestro *emchi*, extrajo su semilla genética y los despojó de las armaduras. Luego los extendió sobre el suelo, con la piel desnuda expuesta a los soles y el viento, y nosotros nos llevamos sus motos y su equipo.

En Chogoris habíamos seguido tales hábitos para que las bestias del Altak tuvieran algo con lo que alimentarse cuando salieran las lunas.

Nunca habíamos sido un pueblo despilfarrador. En Chondax no vivían más bestias que nosotros y los hain, pero nos llevamos nuestras costumbres a las estrellas y jamás la alteramos.

Habíamos intentado aprender, ser mejores, pero no lo cambiamos todo. Nuestra esencia, las cosas que nos hacían distintos y nos llenaban de orgullo, era lo que nos habíamos llevado de nuestro mundo natal y habíamos mantenido a salvo, protegiéndolo igual que la llama de una vela sostenida en el hueco de la palma de la mano. Por entonces pensaba que todos los que pertenecíamos a la Legión sentíamos lo mismo sobre tales aspectos. En aquellos tiempos, sin embargo, yo estaba ciego a muchas verdades.

Transcurrió un día, y llegamos a nuestras coordenadas de reabastecimiento.

Sí, vimos los elevadores de carga desde muy lejos, descendiendo y ascendiendo en columnas. Eran enormes: cada uno transportaba cientos de toneladas de raciones, munición, repuestos, suministros médicos; todo lo necesario para sustentar un ejército móvil que iba de cacería. Durante los años en que la campaña de Chondax había estado plenamente en marcha había existido una demanda incesante que los había mantenido en movimiento constante entre los transportes situados en órbita y los puestos de avanzada del suelo.

—Pronto no los necesitaremos —comenté a Jochi mientras pasábamos por delante de un elevador que descendía: un gigante bulboso que flotaba sobre la reluciente estela de calor de sus propulsores de aterrizaje.

—Habrán otros campos de batalla —respondió él.

—No eternamente —repuse.

Pasamos a toda velocidad por delante de los puntos de desembarco. Cuando por fin llegamos al complejo de la guarnición principal solo quedaba un sol por encima de la línea del horizonte, de color naranja y ardiendo en un cielo de un verde intenso. Las sombras dibujaban franjas en nuestro camino, cálidas sobre la tierra pálida.

El puesto de suministros siempre había sido temporal, construido a partir de componentes prefabricados que serían llevados de vuelta a la flota cuando ya no fueran necesarios en Chondax. Únicamente sus torres de defensa, que se alzaban imponentes en los muros exteriores y estaban repletas de armamento, daban la impresión de que haría falta un cierto tiempo para desmantelarlas cuando llegara el momento. El polvo blanco se acumulaba contra los muros en suaves dunas, desgastando el

rococemento y el metal. El planeta odiaba las cosas que habíamos construido sobre él y las erosionaba, las roía, en un intento de deshacerse de las motas de permanencia que habíamos clavado a martillazos en su cambiante piel.

Una vez que las motas a reacción estuvieron en los hangares del arsenal, ordené a mis hermanos que fueran a las unidades habitacionales de la guarnición y aprovecharan al máximo su corto período de descanso. No pareció disgustarles la idea; su resistencia era inmensa pero no infinita, y habíamos estado de caza mucho tiempo.

Fui en busca del comandante de la guarnición. Incluso mientras anochecía, las calles polvorientas de aquel asentamiento temporal rebosaban actividad: vehículos de carga moviéndose entre almacenes con pilas de cajones de munición y suministros, servidores que correteaban de talleres a muelles de depósitos de armas, tropas auxiliares luciendo los colores de la V Legión que inclinaban respetuosamente la cabeza a mi paso.

Hallé al comandante en un búnker de rococemento en el centro del complejo. Al igual que todos los demás mortales llevaba prendas protectoras y un reinhalador; la atmósfera de Chondax estaba demasiado enrarecida y era demasiado fría para los humanos corrientes; tan solo nosotros y los orkos la soportábamos sin ayuda.

—Comandante —dije, agachándome para cruzar el umbral de su estancia privada.

Se alzó de su escritorio, efectuando una torpe inclinación de cabeza, limitado por el traje medio ambiental que llevaba.

—Khan —respondió, la voz sonaba pastosa a través de la boquilla del casco.

—¿Órdenes nuevas? —pregunté.

—Sí, señor —dijo, alargando la mano hacia una placa de datos que a continuación me pasó—. Se han acelerado los planes de ataque.

Eché una ojeada a la placa que me entregó. Brillaba texto en la pantalla, dispuesto sobre un mapa de la zona de guerra. Los símbolos que indicaban formaciones enemigas se habían encogido y juntado, replegándose en dirección a un único punto en el nordeste. Símbolos de localización de hermandades de la V Legión los seguían, llegando desde todas direcciones. Me complació ver que mi minghan estaba a la vanguardia del cerco.

—¿Participará él? —pregunté.

—¿Señor?

Dirigí una dura mirada al comandante.

—¡Ah! —dijo, comprendiendo a quién me refería—. No lo sé. No tengo información sobre su paradero. El keshig no comparte esos datos.

Asentí. Era de esperar. Únicamente mi ardiente deseo de volver a verlo en combate —esta vez de cerca— me había hecho preguntar.

—Saldremos tan pronto como podamos —le contesté, asumiendo una sonrisa por si mi actitud con él había sido excesivamente brusca—. A lo mejor, si avanzamos de prisa, seremos los primeros en llegar junto a él.

—Puede que así sea —dijo—. Pero no solos. Habrá que fusionarse con otra hermandad.

Enarqué una ceja. Durante todo el tiempo que habíamos estado en Chon-dax, habíamos operado por nuestra cuenta. A veces habíamos pasado meses seguidos sin reabastecernos ni recibir nuevas instrucciones, allí fuera en las interminables planicies sin poder recurrir a otra cosa que nuestros propios medios. Yo había disfrutado con aquella libertad; todos lo habíamos hecho.

—Tienes órdenes completas esperándote, con sello de seguridad —indicó el oficial—. Están fusionándose muchas hermandades para la ofensiva final.

—¿A quién vamos a unirnos? —pregunté.

—No tengo esa información. Tengo coordenadas de localización. Discúlpame; tenemos mucho que procesar, y algunos datos procedentes del mando de la flota... carecían de pormenores detallados.

Aquello me resultaba creíble, y por lo tanto no culpé al hombre que tenía delante. Sin duda dejé que mi sonrisa se ensanchara en una expresión irónica, pues el oficial pareció relajarse un tanto.

No éramos personas cuidadosas. No se nos daban bien los detalles.

—En ese caso espero que su khan sepa montar —fue todo lo que dije—. Tendrá que saber para seguir nuestro ritmo.

No tardamos en conocernos.

Mi reacondicionada hermandad inició la marcha sin problemas hacia el nordeste. Los servidores del arsenal habían reemplazado o reparado muchas de nuestras motos, y el sonido de sus motores era más limpio que nunca. Siempre nos habíamos enorgullecido de nuestro aspecto, pero la corta pausa en las operaciones nos había permitido eliminar parte de la mugre de nuestras armaduras, de modo que ahora centelleaban bajo los tres soles.

Sabía que mis hermanos estaban inquietos, y a medida que los largos kilómetros discurrían bajo un resplandor de arena blanca y un cielo de un pálido verde esmeralda se tornaron aún más impacientes, aún más ansiosos por ver señales de presas en el horizonte vacío.

—¿Qué haremos cuando los hayamos matado a todos? —preguntó Jochi mientras avanzábamos veloces. Daba gas a su moto con tranquilidad, dejando que patinara y corcoveara con el viento en contra como si fuera un ser vivo—. ¿Qué vendrá a continuación? —inquirió.

Me encogí de hombros. Por algún motivo, no estaba de humor para hablar sobre ello.

—Nunca los mataremos a todos —dijo Batu, cuyo rostro seguía amaratado por los golpes recibidos durante la pelea sobre la plataforma—. Si se agotan, criaré más yo mismo.

Jochi profirió una carcajada, pero tenía un tenue deje de irritación, una leve nota forzada.

Circunvalaban la cuestión, pero todos sabían que estaba allí, deslizándose bajo la superficie de nuestras chanzas y conjeturas: no sabíamos qué nos aguardaba una vez finalizada la cruzada.

Él nunca nos había contado lo que había planeado; a lo mejor, cuando estaba a solas consigo mismo, compartía las mismas dudas silenciosas. Me costaba imaginarlo teniendo dudas, no obstante. Me costaba imaginar que existiera nada parecido a la incerteza en su mente. Lo que fuera que el futuro nos deparara cuando finalizara la lucha, sabía que él nos encontraría un lugar allí, tal y como siempre había hecho.

Quizá Chondax nos había crispado los nervios. Hacía que nos sintiéramos efímeros en ocasiones, como si ya no tuviéramos raíces, y que las antiguas certezas se convirtieran en algo singularmente poco fiable.

—¡Lo veo! —chilló Hasi, adelantándose; se alzó en el sillín, con la larga cabellera ondeando a su espalda—. ¡Ahí!

Entonces también lo vi; una bocanada de humo blanco recortada en el cielo, que indicaba vehículos viajando a toda máquina. La estela no parecía obra de los pielesverdes; era demasiado limpia, demasiado nítida, y avanzaba a demasiada velocidad.

Sentí un estremecimiento, me inquieté, y lo sofoqué con rapidez. Sabía qué lo inducía: el orgullo, una renuencia a compartir el mando y resentimiento porque me hubieran ordenado hacerlo.

—Veamos quiénes son, entonces —dije, ajustando el rumbo para dirigirme hacia la columna de polvo situada al frente. Pude ver cómo aminoraban y giraban en redondo para venir a nuestro encuentro—, esta hermandad sin nombre.

Desmonté para saludar a mi homólogo. Él hizo lo mismo. Nuestros guerreros aguardaron a cierta distancia por detrás de nosotros, cara a cara,

sentados todavía en sus monturas al ralentí. Parecía tener efectivos análogos; quinientas monturas más o menos.

Era un palmo más alto que yo. La piel de la cabeza descubierta era pálida, tenía el mentón angular y los nervios del cuello estaban muy marcados. Llevaba el pelo muy corto, casi al cero. La larga cicatriz ritual de la mejilla izquierda tenía un reborde grueso y era muy vívida, lo que indicaba que la incisión se había realizado al principio de la edad adulta. Las facciones eran romas, no afiladas y oscuras como aquellas a las que yo estaba acostumbrado.

Era terrano, pues. La mayor parte de los que procedíamos de Chogoris compartíamos atributos similares: piel tostada, melena larga y negra como el petróleo, y cuerpos enjutos y nervudos con músculos abultados incluso antes de que las implantaciones los potenciaran aún más. Esa uniformidad, según habíamos descubierto, procedía de nuestros perdidos orígenes como colonizadores. Los terranos de la legión, extraídos de la cuna de nuestra especie mucho antes de que la cruzada hubiera llegado a nosotros, mostraban una mayor diversidad: algunos tenían la carne del color de la leña carbonizada, la de otros era tan pálida como nuestra armadura.

—Khan —dijo, efectuando una inclinación de cabeza.

—Khan —respondí.

—Soy Torghun —dijo, hablando en khorchin.

Eso no me sorprendió; había sido el idioma de la legión desde que el Señor de la Humanidad se nos había dado a conocer, hacía ciento veinte años. Los terranos siempre lo habían adoptado con rapidez, ansiosos por asumir la parafernalia de su recién hallado primarca. A ellos les resultaba más fácil hablar nuestro idioma que a nosotros el suyo. No sé el motivo.

—Soy Shiban —respondí—, de la Hermandad de la Tormenta. ¿Cómo se os conoce a vosotros?

Torghun vaciló un instante, como si le hubiera preguntado algo descortés o extraño.

—Somos la Hermandad de la Luna —contestó.

—¿Qué luna? —pregunté, ya que el término khorchin que había usado no lo especificaba.

—Terra solo tiene una luna.

«Por supuesto», pensé, reprendiéndome a mí mismo.

Volví a efectuar una inclinación de cabeza, ansioso por asegurar que la cortesía entre nosotros prevaleciera por encima de cualquier otra cosa en la que pudiéramos diferir.

—En ese caso me siento honrado de combatir junto a ti, Torghun Khan —dije.

—El honor es mío, Shibban Khan —respondió.

No tardamos mucho en volver a estar en marcha. Nuestras hermandades viajaban la una junto a la otra, manteniendo las formaciones que cada una había adoptado antes de que nos juntáramos. Mis guerreros se colocaron en puntas de flecha, los de él se agruparon en filas poco compactas. Aparte de eso, no había gran cosa que nos diferenciara.

Me gusta pensar que advertí algunas disparidades menores desde el principio —alguna diferencia sutil en su manejo de las motos o en su modo de montar—, pero la verdad es que no estoy seguro de que fuera así. Eran tan competentes como nosotros y daban la impresión de ser igual de letales.

Mi minghan-keshig y yo viajábamos entremezclados con Torghun y el suyo, a sugerencia mía, pues estaba decidido a que nos conociéramos un poco mutuamente antes de entrar en acción. Hablábamos mientras conducíamos, gritando por encima del ruido sordo de los motores de las motos, apagando los transmisores para disfrutar de la potencia de nuestras voces normales. Eso era algo que se me daba de un modo natural, pero a Torghun pareció incomodarle en un principio.

A medida que las llanuras discurrían raudas bajo nosotros, convertidas en nubes de polvo blanco por el potente contrarritaje de nuestras máquinas, la conversación pasó a ser un poco más franca.

—¿Estuviste en Ullanor? —pregunté.

Torghun me dedicó una sonrisa seca y negó con la cabeza. Para entonces, Ullanor había pasado a ser ya un símbolo de honor para las legiones involucradas; si no habías formado parte de ello, necesitabas una buena razón para justificarlo.

—En Khella, sometiéndola —respondió—. Antes de eso, no obstante, habíamos estado en comisión de servicio con los Luna Wolves, de modo que los he visto pelear.

—Los Luna Wolves —dije, asintiendo apreciativo—. Unos guerreros magníficos.

—Aprendimos muchísimo de ellos —comentó Torghun—. Tienen ideas interesantes sobre los conflictos armados, cosas que haríamos bien en estudiar. Me he convertido en un partidario del sistema de las comisiones de servicio; las legiones se han distanciado demasiado. La nuestra en particular.

Me sorprendió oírle hablar así pero intenté no demostrarlo. Tal y como yo veía las cosas, él las veía al revés; si alguien tenía la culpa del aislamiento de la V Legión, eran aquellos que nos ignoraban y marginaban. ¿Por qué, si no, estábamos en Chondax, dando caza a los restos de un imperio que hacía mucho que había dejado de ser una amenaza para la cruzada? ¿Se habrían hecho cargo de esa tarea los Luna Wolves o los Ultramarines o los Blood Angels?

Pero no dije nada de eso.

—Estoy seguro de que tienes razón —contesté.

Torghun se aproximó más entonces, reduciendo la separación entre nuestras motos en movimiento a menos de un metro.

—Antes, cuando me has preguntado cómo nos denominamos, he vacilado —dijo.

—No lo he advertido —contesté.

—Te pido disculpas, ha sido descortés. Es solo que... hacía mucho que no usábamos esos nombres. Ya sabes cómo han estado las cosas; cada uno de nosotros ha ido por su cuenta durante mucho tiempo.

Le sostuve la mirada con inquietud, sin comprender realmente lo que quería decir con ello.

—No ha habido ninguna descortesía.

—Mis hombres raras veces me llaman «khan». La mayoría prefiere «capitán». Nos acostumbramos a ser la 64.^a Compañía de los White Scars. Utilizar esos términos ayuda; las otras legiones, en su mayoría, también los usan. Por un momento, olvidé nuestra antigua denominación. Eso es todo.

No sabía si le creía.

—¿Por qué la 64.^a? —inquirí.

—Es la que nos dieron.

No pregunté nada más. No pregunté quién había efectuado aquella elección, ni el motivo. A lo mejor debería haberlo hecho, pero tales asuntos nunca me han interesado en realidad. Siempre me han obsesionado los aspectos prácticos de la guerra, las exigencias de lo inmediato, lo que teníamos entre manos en cada momento.

—Llamos como queráis —dije, sonriendo—, siempre y cuando matéis hain. Eso es todo lo que a él le importa.

Torghun pareció aliviado al oír eso, como si algo que le hubiera preocupado divulgar hubiera resultado ser, después de todo, una cuestión menor.

—Así pues, ¿estará él allí con nosotros? —preguntó—. ¿Al final?

Aparté la mirada de mi interlocutor y la dirigí al horizonte situado ante mí. Estaba vacío; era una línea ininterrumpida de fría nada reluciente. Sin

embargo, en alguna parte, ellos se estaban reuniendo para enfrentarse a nosotros, para forzar la batalla final por un mundo que ya habían perdido.

—Eso espero —contesté, de todo corazón—. Espero que esté ahí.

Entonces dirigí una veloz mirada subrepticia a Torghun, preocupado de improviso porque pudiera menospreciar aquel sentimiento, porque lo viera como algo risible.

—Pero uno nunca puede saberlo —añadí, tan a la ligera como pude—. Es esquivo, todos lo dicen.

Volví a sonreír, para mí en esta ocasión.

—Esquivo. Como un berkut. Eso es lo que todos dicen.

ÍNDICE

La Hermandad de la Tormenta.	9
<i>Chris Wraight</i>	
Serpiente	107
<i>John French</i>	
<i>La luna del cazador</i>	113
<i>Guy Haley</i>	
<i>Veritas Ferrum</i>	131
<i>David Annandale</i>	
Escindido	139
<i>John French</i>	
Ataca y desaparece	177
<i>Guy Haley</i>	
Honar a los muertos	185
<i>Gav Thorpe</i>	
Los Clavos del Carnicero	217
<i>Aaron Dembski-Bowden</i>	

Señor de la guerra.	249
<i>John French</i>	
Kryptos	255
<i>Graham McNeill</i>	
Garra de Lobo	275
<i>Chris Wraight</i>	
Ladrón de las revelaciones	283
<i>Graham McNeill</i>	
La palabra divina	303
<i>Gav Thorpe</i>	
Lucius, el Espadachín Sempiterno	323
<i>Graham McNeill</i>	
El sendero óctuple	331
<i>Anthony Reynolds</i>	
El guardián de la Orden	337
<i>Gav Thorpe</i>	
El corazón del <i>Conquistador</i>	343
<i>Aaron Dembski-Bowden</i>	
Censura	351
<i>Nick Kyme</i>	
Lobo Solitario	387
<i>Chris Wraight</i>	